

La actualidad relativa de Dostoievski

Jordi Morillas

¿Hasta qué punto se puede decir que un autor del siglo XIX sigue siendo actual para nosotros, hombres del siglo XXI? ¿Hasta qué punto es lícito recurrir a un escritor ruso en busca de soluciones a nuestros problemas contemporáneos? ¿Qué cuestiones trató de responder Dostoievski que nos permiten acudir a él a por consejo?

Si realmente deseamos plantear esta serie de interrogantes en su justa medida y encontrar una respuesta satisfactoria, debemos tener presente en primer lugar que Dostoievski es un autor que vive en uno de los periodos más turbulentos de la historia de su país, es decir, cuando el Imperio Ruso se hallaba en una lucha interna entre seguir con sus tradiciones o transitar los caminos de la Europa postrevolucionaria. Este contexto posibilitó al autor de *Los demonios* tener la dicha de conocer no sólo las corrientes «nihilistas» y «conservadoras» rusas, sino también los movimientos revolucionarios europeos occidentales. En este sentido, Dostoievski es una de las pocas personalidades rusas completamente informadas de lo que sucedía a nivel político y social tanto en Rusia como en Europa.

¿Cómo se reflejó todo este conocimiento y experiencias de Dostoievski en su obra literaria y periodística? En un conjunto de consideraciones sociales, políticas, filosóficas y teológicas que, en profundidad, poco o nada tienen que envidiar a las formuladas por sus contemporáneos. Y todas ellas realizadas por un escritor ruso. Sí, por un *escritor*. En este punto, es necesario realizar dos advertencias.

La primera rezaría que, si se quiere ser justos con Dostoievski, hay que considerarlo como un escritor y no como un teólogo, un filósofo, un político, un moralista o, incluso, un psicólogo. La segunda, que no conviene olvidar que el escritor ruso llevó a cabo su actividad literaria en un entorno en el que ser teólogo, filósofo o político podía acarrear un conjunto de peligros nada despreciables. Al no existir, por consiguiente, una tradición teológica, filosófica o política en sentido estricto en Rusia, es a través de la literatura que los intelectuales expresan sus puntos de vista. Así se han de leer, por ejemplo, las obras de Alexander Pushkin, Nikolái Gógol o Iván Turguéniev. De esta manera, en la Rusia del siglo XIX ser escritor significaba ser, al mismo tiempo, teólogo,

filósofo, político y crítico social. De ahí que el calificativo más adecuado para Dostoievski como autor ruso sea el de *escritor*, pues esta denominación recoge todo lo que en Occidente se encontraba diversificado.

Hecha esta salvedad, se puede preguntar si su obra ofrece respuestas a la situación actual, esto es, si Dostoievski como escritor tiene algo todavía que decirnos.

La respuesta es un sí rotundo.

Dostoievski es vigente por dos motivos: primero, porque a través de su trasfondo ruso, completamente ajeno al occidental europeo, pudo observar y formular toda una serie de juicios que nos permiten comprender mejor el momento histórico en el que nos encontramos. Esta situación es el resultado, según el autor de *El idiota*, de la confluencia del ateísmo, el socialismo, el capitalismo, la democracia, el culto a la igualdad y el feminismo, en definitiva, de todo lo que se ha considerado progresista y liberal desde el estallido de la sangrienta Revolución francesa de 1789. Y, con todo, lo decisivo en Dostoievski no es tanto lo que denuncia como *el punto de vista* desde el que realiza sus reflexiones. De ahí que la segunda cuestión a tener en consideración sean las respuestas, esto es, las soluciones que ofrece en su obra a partir de su peculiar marco cultural ruso y ortodoxo. A este respecto, es lícito preguntarse si las propuestas de Dostoievski pueden ser calificadas de universales. Es decir, ¿se puede afirmar que éstas son útiles y están dirigidas por igual a un español, a un japonés o a un mexicano?

La respuesta es un no rotundo.

Cuando Dostoievski elabora su cosmovisión no lo hace pensando en la «humanidad» (concepto este propio de la ilustración y el progresismo europeos completamente ajeno al ruso), sino exclusivamente desde la perspectiva del *pueblo ruso*, que no sólo es el salvaguardia y el protector del resto de pueblos eslavos (con excepción de los *católicos* polacos), sino también de las demás «tribus arias» del continente europeo al ser él el único que conserva intacta y pura la imagen sagrada de Cristo en su corazón.

Y, no obstante, esta aseveración es incorrecta, si se tienen presente las reflexiones de Dostoievski en su último número de *Diario de un escritor* aparecido a los tres días de su fallecimiento. En él, el autor ruso renegaba completamente de «nuestros hermanos europeos» (PSS 26, 148), quienes, a su juicio, no cesaban de mostrar un odio (PSS 27, 34) y un asco (PSS 27, 35) descomunal hacia ellos, los rusos, sosteniendo Dostoievski

que «nosotros no somos en absoluto Europa y hasta tal punto es así que, en comparación con Europa, nosotros somos habitantes de la Luna» (PSS 27, 8-9). De esta forma, el escritor acabó lanzando su mirada hacia Asia, donde creía ver el futuro de su país (PSS 27, 33 y 38), un futuro, sin embargo, no de hermandad con los pueblos de allí, sino de dominio y de señorío. En efecto, de sometimiento (PSS 27, 33, 36 y 37), puesto que el autor de *Los hermanos Karamázov* consideraba a sus compatriotas como el nuevo pueblo elegido que debía conquistar y civilizar el continente asiático (PSS 27, 37) que es para «nosotros [los rusos, JM] una América que todavía está por descubrir» (PSS 27, 36).

Este espíritu de distanciamiento definitivo de Europa se basaba además en la profunda *xenofobia* que Dostoievski manifestó durante toda su vida. En efecto, el autor de *Apuntes del subsuelo* odiaba y despreciaba por igual tanto a alemanes, como a franceses, ingleses o judíos. Por otro lado, es remarcable el hecho de que en toda su producción no se halla ni una referencia ni a los negros, ni a los asiáticos, ni a los indígenas americanos. De hecho, parece ser que para el que proclamó pocos meses antes de fallecer que «el alma rusa, el genio del pueblo ruso es, quizás, el más capacitado para contener en sí mismo la idea de la unión de todos los hombres, del amor al prójimo» (PSS 26, 131) los pueblos fuera del continente europeo simplemente no existían o no merecían la más mínima consideración.

En definitiva, lo que se puede concluir de toda esta serie de consideraciones sobre la vida y la obra de Dostoievski es que, sí, el escritor ruso es un autor que puede ser leído para detectar qué problemas teológicos, filosóficos, políticos y sociológicos tenemos los hombres del siglo XXI, mas bajo ningún concepto podemos contemplar sus soluciones como válidas o dirigidas a nosotros, los no-rusos, puesto que su intención no fue jamás ser un literato «universal», sino única y exclusivamente *ruso*.